

de esa alegría tan pura, si hubiese escrito con todo el talento imaginable, un libro ofensivo á las costumbres y á la Religion?

Dí, querido amigo, á nuestra mezquina sociedad cuánto te ploro la falta de esa Religion, cuyo encanto es indefinible, porque se echa de ver que los mismos que hablan con tanta naturalidad de asuntos familiares, pueden razonar acerca de los mas elevados; sencillez de conversaciones que no procede de escasez, sino de elección.

Salí de Lyon á las cinco de la madrugada. No te envidiaré el elogio de esta ciudad, pues está escrito en sus ruinas, y en ellas lo leerá la posteridad; que en tanto que la Religion, el valor y la lealtad sean honrados entre los hombres, Lyon permanecerá á cubierto del olvido.

Nuestros amigos me han exigido les escriba la descripción de mi viaje; pero como he caminado con bastante rapidez, no he tenido tiempo para cumplirles mi palabra; así es que he escrito con lápiz en una cartera el breve diario que te remito. En el libro de postas hallarás los nombres de los países desconocidos que he descubierto, como por ejemplo, Puente de Beauvoisin y Chambéry; pero me has repetido tantas veces que eran necesarias notas, y siempre notas, que nuestros amigos no podrán quejarse si te complazco.

DIARIO.

Al salir de Lyon, el camino es bastante triste; pero desde la Torre del Pino hasta el Puente de Beauvoisin, el país es fresco y frondoso. Al acercarse á la Saboya descúbrense tres órdenes de montañas, casi paralelas, que descuellan unas sobre otras. El arroyo Gué riega la llanura situada al pié de estas montañas, y aun que vista desde lejos parece plana; al entrar en ella se advierte que está entrecortada por desiguales colinas; crecen allí algunas bayas, el trigo y la vid. Las montañas que forman el fondo del paisaje, son verdosas y aparecen cubiertas de musgos, ó bien terminan en enormes peñascos que afectan la forma de gigantescas cristalizaciones. El Gué serpentea por un cauce tan profundo, que puede considerarse como un valle, porque los bordes interiores están cubiertos de espesos arbolados; solo en algunos rios de América, y especialmente en el Niágara, habia visto esta circunstancia.

En cierto lugar se pasa á muy corta distancia del Gué, cuya opuesta margen está formada de piedras semejantes á unas altas murallas romanas, de arquitectura semejante á la del circo de Nimes. (1)

Cuando se llega á las Escalas, se advierte que el país se muestra mas agreste, siendo preciso seguir para hallar una salida, tortuosos desfiladeros abiertos en unos peñascos mas ó menos horizontales, inclinados ó perpendiculares, y sobre cuyas cimas vagan unas nubes incoloras, parecidas á las nieblas matutinas que se desprenden de las tierras bajas. Aquellas nubes se levantan ó descienden al pié de las moles de granito, de manera que dejan al descubierto las crestas de los montes, ó llenan el espacio comprendido entre ellos y el cielo. El conjunto formaba un cuadro cuyos vagos límites parecían no pertenecer á ningun determinado elemento.

La mas enhiesta cumbre de las montañas á que me refiero, está ocupada por la Gran-Cartuja, y á su pié se halla el camino de Manuel; la Religion ha colocado sus beneficios cerca de aquel que mora en los cielos, pero el príncipe colocó los suyos en la morada de los hombres.

Leíase en otro tiempo una inscripción que anunciaba que Manuel habia hecho taladrar la montaña, en

(1) Cuando esto escribía, no habia visto aun el Coliseo.

pro comunal; y aunque fue borrada bajo el régimen revolucionario, Bonaparte la hizo restaurar: solo falta añadir á ella su nombre; ¿por qué no se obra siempre con la misma nobleza?

Antiguamente se atravesaba el interior del peñasco por medio de una galería subterránea, hoy abandonada. En aquellos parajes vi tan solo algunas avecillas de montaña, que silenciosas revoloteaban en derredor de la boca de la caverna, no de otro modo que los Sueños que Virgilio coloca á la entrada de su infierno:

.... Foliisque sub omnibus hærent.

Chambéry está situado en una planicie rodeada de unas colinas bastante desnudas, pero se llega á él por un agradable desfiladero, y se sale por un hermoso valle. Las montañas que lo limitan mostrábanse en parte cubiertas de nieve, y se ocultaban incesantemente bajo un cielo movedizo, formado de vapores y nubes.

En Chambéry acogió una mujer á un hombre, que en pago de la hospitalidad que de ella recibió, y de la amistad con que le favoreciera, se creyó obligado á deshonrarla filosóficamente. O Juan Jacobo se dió á pensar que la conducta de madama Warens era una cosa extraordinaria, en cuyo caso ¿á qué quedan reducidas las pretensiones del ciudadano de Ginebra á la virtud? ó juzgó que su conducta era reprensible, en cuya hipótesis sacrificó la memoria de su bienhechora á la pueril vanidad de escribir algunas páginas elocuentes; ó por último, se persuadió de que sus elogios y el encanto de su estilo bastaban á subsanar los agravios que infiere á madama Warens, lo cual seria el mas odioso amor propio. Hé aquí el peligro á que exponen las letras: el deseo de celebridad triunfa algunas veces de los sentimientos nobles y generosos. Si Rousseau no hubiese adquirido una reputación literaria, hubiera sepultado en los valles de la Saboya las debilidades de la mujer que proveyó á su manutención, y sacrificándose hasta á sus mismos defectos, hubiera consolado en su vejez, en vez de contentarse con darla una tabaquera de oro y abandonarla. Ahora, que todo ha terminado para Rousseau, ¿qué le importa que su polvo sea ignorado ó famoso? ¡Ah! ¡Nunca se levante contra nuestro sepulcro la voz de la amistad defraudada!

Los recuerdos históricos contribuyen no poco al placer ó al tedio del viajero. Los príncipes de la casa de Saboya, aventureros y caballerescos, enlazan bien su memoria con las montañas que cubren sus reducidos dominios.

Después de pasar por Chambéry, el curso del Isere es digno de atención en el puente de Montmelian. Los saboyanos son ágiles, bastante bien formados, de compleción débil y de agradable fisonomía, participando á la vez de los tipos francés é italiano; su aspecto es pobre pero sin indigencia, como sus valles. Es muy comun hallar cruces en los caminos de la Saboya, é imágenes de la Virgen en los troncos de los pinos y nogales: indicio del carácter religioso de aquellos naturales, cuyas pequeñas iglesias rodeadas de árboles seculares, forman un hermoso contraste con sus gigantescas montañas. Cuando los torbellinos del invierno se desatan en las cumbres cubiertas de nieves eternas, el saboyano acude á colocarse al abrigo de su templo campestre, y á implorar la misericordia del Arbitro de los elementos.

Los valles en que se entra después de pasar el puente de Montmelian, están rodeados de montañas de muy diferente aspecto, pues ya se muestran casi desnudos, ya cubiertos de bosques, y su fondo es bastante parecido á Marly, en cuanto al cultivo y las sinuosidades del terreno, aunque este es mas abundante en agua y tiene además la ventaja de ser regado por un rio. El camino se asemeja mas á una alameda de jardín que á una carretera; y los nogales que le prestan sombra

han traído á mi memoria los que tanto admirábamos en nuestros paseos de Savigny. Estos árboles nos reunirán de nuevo bajo su sombra. (1) El poeta exclamó en un momento de melancolía:

Beaux arbres qui m'avez vu naître,
Bientôt vous me verrez mourir!

¿Los que mueren á la sombra de los árboles que les han visto nacer, son acaso dignos de compasión?

Los valles de que hablo terminan en la aldea que ostenta el grato nombre de Agua-Bella. Cuando la atravesé, la altura que la domina estaba coronada de nieve, que al derretirse á los rayos del sol, bajaba en tortuosos arroyuelos por las negras y verdes concavidades de los peñascos, remediando multitud de blancas serpientes que se lanzasen al valle desde las vecinas cumbres.

Es tal la topografía de Agua-Bella, que parece cerrar los Alpes; pero rodeando á escasa distancia un enorme peñasco aislado, derrumbado sobre el camino, descúbrense nuevos valles que se pierden en la cadena de montes que siguen la corriente del Arche; el aspecto de estos valles es mas imponente, y por decirlo así, mas salvaje.

Los montes de entrambos lados se levantan, sus laderas se muestran perpendiculares, y sus estériles cimas empiezan á presentar algunos ventisqueros, en tanto que los torrentes que por donde quiera se despeñan, van á engrosar la turbulenta corriente del Arche. En medio del tumulto de las aguas, advertí una ligera y silenciosa cascada que se precipita con suma gracia sobre una cortina de sauces, que levemente agitada por el viento, hubiera podido representar á los poetas la ondulosa túnica de una náyade, sentada en un erguido peñasco. Los antiguos no hubieran dejado de consagrar allí un altar á las Ninfas.

Poco después, el paisaje despliega toda su grandeza: los bosques de pinos, hasta entonces jóvenes, se muestran decrepitos; el camino, erizado de fragosidades, se plega y replega sobre los abismos; los puentes de madera sirven para atravesar anchos precipicios, donde se ve serpentear ó se escucha mugir las cenagosas aguas.

Habiendo pasado San Juan de Maurienne, y entrando al ponerse el sol en San Andrés, no encontré caballos, lo que me obligó á detenerme; esta circunstancia me movió á ir á dar un paseo por aquellas inmediaciones. La atmósfera era transparente en las crestas de los montes, cuyos dentellados contornos se destacaban con extraordinaria pureza sobre el cielo, mientras una inmensa nube subiendo lentamente del pié de la cordillera, se elevaba hácia sus cumbres.

La voz melodiosa del ruiseñor y el agudo grito del águila llegaban á mis oídos; veía los almezos cubiertos de flores en el valle, y la nieve en la montaña, al paso que un castillo, obra de los cartagineses, según la popular tradición, dejaba ver sus ruinas en la escarpada punta de una roca. Todo lo que procede del hombre en aquellos lugares, es mezquino é inseguro: apriscos de ovejas, formados de juncos entrelazados, y casas de tierra construidas en dos dias; parece que el cabrero saboyano, asombrado al aspecto de las moles eternas que le rodean, cree no debe molestarse en satisfacer las pasajeras necesidades de su breve existencia; parece que la derribada Torre de Anibal le enseña sin cesar la escasa duración y la fragilidad de los monumentos con que el orgullo humano intenta señalar su paso sobre la tierra!

Al tender mi vista por aquellos desiertos, no podia dejar de admirar con asombro el rencor de un hombre mas poderoso que todos los obstáculos; de un hombre que desde el Estrecho Gaditano se trazó un fácil camino á través de los Pirineos y los Alpes, para precipi-

(1) ¡No nos reunieron!

tarse sobre Roma. Muy poco importa que las antiguas historias no nos indiquen con exactitud los lugares por donde pasó Anibal, pues es indudable que este gran capitán atravesó estos montes, entonces sin caminos, y mas salvajes aun por sus habitantes, que por sus torrentes, sus peñascos y sus bosques. Dicese que en Roma se comprende mejor ese odio terrible que no lograron aplacar las batallas del Trebia, de Trasimeno y de Cannas; me han asegurado que en los baños de Caracalla, las paredes están acribilladas á golpes de pica, hasta la altura de un hombre. ¿Fue el germano, el gallo, el cántabro, el godó, el vándalo ó el lombardo, quien así se encarnizó contra aquellas paredes? La venganza de la especie humana debia pesar sobre aquel pueblo libre, que no podia cimentar su grandeza sino sobre la esclavitud y la destrucción del resto del mundo.

Al amanecer salí de San Andrés, y llegué á las dos de la tarde á Lans le Bourg, situado al pié del monte Cenis; al entrar en este pueblo vi á un campesino que tenia asido por las patas á un aguilucho, mientras una caterva desapiadada maltrataba al joven rey, insultando la tierna edad y la magestad caída; el padre y la madre del noble huérfano habian recibido muerte. Me propusieron vendérmelo, pero murió á consecuencia de los malos tratamientos de que habia sido víctima, antes que me hubiese sido posible restituírle la libertad.

En el lugar citado se empieza á subir el Cenis, abandonando el Arche, cuya corriente conduce hasta el pié de la montaña; al opuesto lado del Cenis, el Doria abre la entrada de Italia. Muchas veces he tenido ocasion de observar en mis viajes la utilidad de los rios. No son únicamente unos grandes caminos que marchan, como los denomina Pascal, sino que trazan además la ruta á los hombres, y les facilitan el paso de las montañas. Siguiendo su curso, se hallaron entre sí las naciones, y los primeros habitantes de la tierra penetraron en sus mas recónditas soledades. Así es que los griegos y los romanos ofrecían sacrificios á los rios, y la Fábula los suponía hijos de Neptuno, porque lo son en efecto de los vapores del Océano, y guían al descubrimiento de lagos y mares; hijos viajeros, que al fin vuelven al seno y al sepulcro de su padre.

El monte Cenis nada tiene de particular por la parte de Francia; el lago que ocupa su meseta, solo me pareció un mezquino estanque, y me vi tristemente desencantado al empezar á bajar hácia el Novalesado, pues esperaba, no sé por qué, descubrir las feraces llanuras de Italia; pero solo vi un negro y profundo abismo, y un caos de torrentes y precipicios.

En general, los Alpes, si bien mas altos que las montañas de la América Septentrional, no han presentado á mi vista ese carácter original, esa virginidad que se advierte en los Apalaches y aun en las tierras altas del Canadá: la barraca de un siminol debajo de un magñolia, ó la de un chipowés debajo de un pino, presentan un aspecto mucho mas grave que la cabaña de un saboyano á la sombra de un nogal.

A MR. JOUBERT.

SEGUNDA CARTA.

Milan, 21 de junio de 1805;

Mi querido amigo: voy á continuar mi carta, aunque ignoro cuando podré concluiría.

Debo á la Italia una completa reparación. Habrás visto en mi breve diario fechado en Turin, que habia quedado poco complacido al primer aspecto de este país. El efecto de las inmediaciones de Turin es hermoso, pero se resiente de la proximidad á la Galia, pu-

diendo creerse que se vive en la Normandía, exceptuando las montañas. Turin es una ciudad nueva, aseada, de regular construcción, y muy adornada de palacios, pero su aspecto es algo triste.

Mis juicios se han rectificado al atravesar la Lombardia, pero esta impresión no se produce en el ánimo del viajero sino después de algún tiempo. Desde luego se descubre un país rico en su conjunto, pero la admiración no se despierta sino al observar detalladamente los objetos. Unas praderas cuyo verdor excede á la frescura y delicado tejido de los céspedes ingleses, se confunden con dilatados campos de maíz, arroz y trigo, sombreados por viñas que pasan de una estaca á otra, formando sobre las doradas mieses gracias guirnaldas; el conjunto es una vasta plantación de moreras, nogales, olmos, sauces, y álamos, regada por numerosos canales y arroyos. Los campesinos y las campesinas, dispersos aquí y acullá, desnudo el pie y cubierta la cabeza con un gran sombrero de paja, siegan los prados, y los cereales, cantan, conducen yuntas de bueyes, ó hacen subir y bajar sus barcas á lo largo de los ríos. Esta escena abraza una extensión de cuarenta leguas, aumentando en riqueza hasta Milan, centro de tan soberbio cuadro. El Apenino descuelga á la derecha, y los Alpes á la izquierda.

Los medios de transporte son muy rápidos; y las posadas, mas cómodas que las de Francia, lo son casi tanto como las de Inglaterra. Empiezo á creer que la Francia, tan culta, es no obstante, algo bárbara (1).

No me admira ya el desprecio con que los italianos miran aun á los pueblos transalpinos, como los visigodos, galos, germanos, escandinavos, eslavos y anglo-normandos, pues es indudable que deben causarles horror nuestro cielo de plomo, nuestras ahumadas aldeas y nuestras ciudades cubiertas de lodo. Muy otro es aquí el aspecto de las ciudades y aldeas: las casas son espaciosas, y sus fachadas, de blancura deslumbradora; las calles son anchas, y es muy comun que las atraviesen arroyos, en cuyas aguas lavan las mujeres la ropa blanca ó bañan á sus hijos. Turin y Milan presentan la regularidad, la limpieza y las aceras de Londres, y la arquitectura de sus edificios compite con la de los barrios mas hermosos de París; tienen además comodidades particulares, pues en el centro de las calles hay dos filas de piedras muy lisas para que el movimiento de los coches sea mas suave, y por este medio se evitan las desigualdades del piso.

La temperatura es deliciosa; y aun así, me dicen que no hallaré el verdadero cielo de Italia hasta mas allá de los Apeninos; la capacidad y el desahogo de los aposentos neutralizan los efectos del calor.

He visto al general Murat, quien me ha recibido con la mayor afabilidad y cortesía, y le entregué la carta de la bondadosa madama Bacchiocchi (1). He pasado el día entre edecanes y militares; no es posible hallar mas finura; el ejército francés es siempre el mismo: su divisa es el honor.

He comido de riguroso uniforme en casa de Mr. Melzi, pues se celebraba el bautismo del hijo del general Murat. Mr. Melzi conocia á mi desgraciado hermano, de quien hemos hablado largo rato. El vice-presidente, hombre de modales muy nobles, y cuya casa se parece á la de un príncipe de sangre real, me ha tratado con cortesía y frialdad, habiéndole yo correspondido en iguales términos.

No te hablo de los monumentos de Milan, y especialmente de la catedral á que se está dando fin; mas, yo creo que el género gótico, aunque sea de mármol, está en contradicción con el cielo y las costumbres de Italia. Voy á partir: ya te escribiré desde Florencia y Roma.

(1) No se olvide que esta carta se escribió en 1865.

(1) Esta señora, en adelante princesa de Luca, era hermana mayor de Bonaparte, á la sazón primer cónsul.

A MR. JOUBERT.

CARTA TERCERA (1).

Roma, 27 de junio de 1805.

¡Al fin he llegado! Toda mi frialdad se ha desvanecido, y me siento abrumado, perseguido por lo que he visto; he visto, á mi parecer, lo que nadie, lo que ningún viajero ha pintado; ¡necios! ¡almas de hielo! ¡bárbaros! ¡No han atravesado, antes de llegar aquí, la Toscana, jardín inglés, en cuyo centro hay un templo, es decir, Florencia? ¡No han pasado en caravana con las águilas y jabalies, las soledades de esta segunda Italia, llamada el *Estado Romano*? ¡Por qué viajan esas gentes? Habiendo llegado á la hora del ocaso, he hallado á toda la población que salía á pasear á la Arabia Desierta, á la puerta de Roma; ¡qué ciudad! ¡qué recuerdos!

28 de junio.

He recorrido, todo hoy, víspera de San Pedro. He visto ya el Coliseo, el Panteon, la columna Trajana, el castillo de San Angelo, San Pedro y... ¿qué se yo? He visto la iluminación y los fuegos artificiales, que anuncian la gran ceremonia con que se celebrará mañana la fiesta del príncipe de los Apóstoles; pero mientras se intentaba hacerme admirar los fuegos que brillaban en la cúpula del Vaticano, mi vista se detenía en el mágico efecto de la luna sobre el Tiber, sobre estas casas romanas, y sobre estas ruinas suspendidas por todas partes.

29 de junio.

Salgo de los Oficios divinos, celebrados en San Pedro: el papa tiene un semblante pálido, triste y religioso, en que parece se pintan todas las tribulaciones de la Iglesia. La solemnidad ha sido soberbia, y especialmente durante algunos momentos, magnífica; pero la orquesta ha sido mediana, y el templo estaba desierto.

3 de julio de 1805.

Ignoro si estas líneas terminarán en una carta. Me avergonzaria, mi querido amigo, de ser tan escaso de noticias, sino me propusiese ver los objetos con mas detenimiento, antes de pintarlos. Por desgracia, entreveo ya que la segunda Roma cae á su vez: ¡todo pasa y muere!

Su Santidad me recibió ayer, y me hizo sentar á su lado con la mayor cordialidad. Hízome luego ver que leía el *Genio del Cristianismo*, y en efecto tenia uno de sus tomos abiertos sobre la mesa. No puede hallarse un hombre mas bondadoso, un prelado mas digno, un príncipe mas modesto: no me tomes por madama de Sevigné. El secretario de Estado, cardenal Gonsalvi, es un hombre dotado de penetración y de carácter templado. Adios; es preciso enviar al correo estos diminutos papeles.

TIVOLI Y LA QUINTA ADRIANA.

10 de diciembre de 1805.

Soy quizá el primer extranjero que ha recorrido el Tivoli en una disposición de alma, no pintada en viaje alguno. Hoy he llegado solo á las siete de la noche á la posada del *Templo de la Sibila*, y ocupo en ella un reducido aposento, en frente de la cascada, que escuchó mugir; pero aunque he intentado verla, solo he

(1) Las cartas escritas en Florencia se han perdido.

descubierto en la profundidad de las tinieblas unas luces blancas, producidas por el movimiento de las aguas. Me ha parecido vislumbrar á lo lejos un recinto formado de árboles y casas, y en derredor un círculo de montañas. No sé qué mudanzas introducirá la luz del sol en este paisaje nocturno.

Este lugar es á propósito para entregarse á reflexiones y á ideas fantásticas: recuerdo mi vida pasada, siento el peso del presente, y procuro penetrar mi porvenir. ¿Dónde me hallaré, qué haré, qué será dentro de veinte años? Siempre que el hombre se reconcentra en sí mismo, siempre que sondea todos los vagos proyectos que forma, tropieza en un obstáculo invencible, y en una incertidumbre producida por una certidumbre; este obstáculo y esta certidumbre son la muerte, esa terrible muerte que detiene y destruye todo.

¿Habeis perdido un amigo? En vano tendreis mil cosas que decirle: sin fortuna, aislados errantes, sobre la tierra, y no pudiendo confiar á nadie vuestros dolores y placeres, llamareis á vuestro amigo, que no acudirá ya á consolar vuestros males, ni á tomar parte en vuestras alegrías; ya no os dirá: «Has obrado desafortunadamente,» ó «has tenido razon en obrar así.» Ahora es forzoso ya marchar solo. Si llegais á ser ricos, poderosos y célebres, ¿qué hareis de esas prosperidades sin vuestro amigo? ¿La muerte ha destruido todo! Torrentes que os despeñais turbulentos en la caliginosa noche en que os escucho rebramar, ¿acaso despareceis mas rápidos que los dias del hombre, ó podéis decirme qué es el hombre, vosotros que habeis visto pasar y abismarse en estos lugares tantas generaciones, no menos estrepitosas que vuestras aguas?

11 de diciembre.

No bien ha despuntado el día, he abierto mis ventanas. Mi primera vista de Tivoli en las sombras, era bastante exacta, pero la cascada me ha parecido pequeña, y los árboles con que mi fantasía la habia engalanado, no existen. Un miserable grupo de casas se deja ver al opuesto lado del río, y el conjunto está rodeado de montañas descarnadas; pero me consolé al ver la vivísima luz de la aurora que rayaba á espaldas de las montañas, y el templo de Vesta que á muy escasa distancia de mí, dominaba la gruta de Neptuno. Algunos bueyes, asnos y caballos se colocaron en la parte superior de la cascada á lo largo de un banco de arena, y habiéndose acercado al Teverone, bajaron sus cuellos y bebieron lentamente en las aguas, que pasaban á su vista cual un relámpago, para precipitarse en el espumoso fondo. Un pastor sabino, vestido con una piel de cabra, y con una especie de clámide arrollada en el brazo izquierdo, se apoyó en su cayado para mirar beber á su rebaño: esta escena formaba un agradable contraste, por su inmovilidad y silencio, con el movimiento y el estruendo de las aguas.

Terminado mi desayuno, me trajeron un guia, con el que fui á situarme en el puente de la cascada; pero como habia visto la catarata de Niagara, no me causó admiración. Desde el puente bajamos á la gruta de Neptuno, así denominada, á mi parecer, por Verneet. El Anio, después de su primera caída debajo del puente, se pierde entre los peñascos, y vuelve á mostrarse en la citada gruta, para despeñarse otra vez en la de las Sirenas.

El fondo de la gruta de Neptuno tiene la figura de una copa, á la cual acuden las palomas á satisfacer su sed. Un palomar practicado en la roca, y mas parecido al nido de un águila que al abrigo de ave tan tímida, ofrece á las pobres palomas mi asilo falaz, pues se juzgan seguras en aquel lugar, inaccesible en apariencia, y en él constituyen sus nidos; pero un camino oculto conduce á él, y á favor de las tinieblas un desapiadado raptor arrebató los pichones que sin temor

dormían al estruendo de las aguas, bajo las alas maternas: *Observans nido, implumes detraxit.*

Subiendo á Tivoli desde la gruta de Neptuno, y saliendo por la puerta Angelo ó del Abruzo, mi cicerone me condujo al país de los sabinos, *pubemque sabellum*. Siguiendo la corriente del Anio, llegué á un olivar donde se abre una vista pintoresca en una célebre soledad. Allí se descubren á la vez el templo de Vesta, las grutas de Neptuno y las Sirenas, y las pequeñas cascadas que salen de uno de los pórticos de la quinta de Mecenas; y el azulado vapor que se extiende por todo el paisaje, atenua la rudeza de sus contornos.

Gran idea es preciso formarse de la arquitectura romana, cuando se recapacita que aquellas moles construidas há tantos siglos, han pasado del servicio de los hombres al de los elementos, y cuando se ve que sostienen en la actualidad el peso y el movimiento de las aguas, habiéndose convertido en incontrastables peñascos sobre que ruedan aquellas tumultuosas cascadas.

Mi paseo duró seis horas; al volver á mi posada entré en un patio ruinoso, en cuyas paredes vi algunas lápidas sepulcrales, atestadas de inscripciones maltratadas, de las que copié las siguientes:

DIS. MAN.
ULLÆ PAULIN.
VIXIT ANN. X
MENSIBUS DIE. 3

SEI. DEUS.
SEI. DEA.

D. M.
VICTORIÆ.
FILIE QUÆ
VIXIT. AN. XV
PEREGRINA
MATER. B. M. F.

D. M.
LICINIA
ASELERIO
TENIS.

¿Puede haber algo mas vano que todo esto? Leo en una piedra los recuerdos que un vivo consagraba á un difunto; el vivo dejó á su vez de existir, y después de dos mil años, yo, bárbaro de las Galias, vengo á visitar las ruinas de Roma, y á estudiar estos epitafios en un retiro abandonado; ¡yo, tan indiferente al que lloró como al que fue llorado; yo, que mañana me alejaré para siempre de estos lugares, y que despareceré en breve de la tierra!

Todos los poetas de Roma que pasaron á Tibur se complacieron en pintar la celeridad de nuestra existencia: *Carpe diem!* decia Horacio; *Te spectem, suprema mihi cum venerit hora!* exclamaba Tibulo; Virgilio pintaba esta hora suprema, diciendo: *Invalidasque tibi tendens, heu! non tua, palmas.* ¿Quién no ha perdido algun objeto de su cariño? ¿Quién no ha visto dirigirse unas manos inutilizadas por la proximidad de la muerte? ¿Cuántas veces un amigo moribundo intentó que su amigo le estrechase la mano, para detenerle en la vida, mientras se sentia arrastrado por la muerte! *Heu! non tua!* Este verso del vate de Mantua es admirable por la ternura y el dolor que respira. Desgraciado aquel que no ama los poetas! Yo diria de ellos casi lo mismo que dice Shakespeare de los hombres insensibles á la armonía.

Al volver á mi casa, cuya azotea conduce al templo de Vesta, hallé la misma soledad que habia dejado en aquellas cercanías. Los pintores conocen ese color de los siglos, peculiar de los monumentos antiguos, y que varía segun los climas: tal es el color de ese templo,